

EN EL COLEGIO

Por EDUARDO CAMACHO GUIZADO

I

Pata de plancha.

Recuerdo la furia de Joaco cuando el padre rector prohibió que nos quedáramos jugando cascarita en la puerta, antes de que tocaran la campana. Joaco no jugaba, claro, porque era cojo y viejo; tenía una pierna más corta que la otra (o la otra más larga, no sé bien), y usaba un zapato con una suela gruesa que parecía una plancha. Además, Joaco era el portero del colegio y no estaba bien que se pusiera a jugar con nosotros cascarita.

Joaco era amigo de todos nosotros. Por la tarde, cuando salíamos como que nos daba tristeza despedirnos de él y pensar que se quedaba en el colegio y no se iba para la casa a tomar las onces y a esperar al papá. Una vez, Carreño me preguntó que por qué sería que Joaco era portero de ese colegio tan aburrido y yo pensé que era verdad que Joaco debería ser otra cosa, como tío de alguien o algo así. Además, Joaco tampoco estaba contento de portero del colegio; siempre vivía rezongando pasito y yo creo que fue de tanto oírlo que le empezamos a perder el respeto a los padres. Joaco parecía estar hablando solo e iba contando todo lo que pasaba en el colegio, todo lo que nosotros no sabíamos ni veíamos. El nos contó —no nos contó, mejor dicho: yo le oí rezongarlo un día a la salida— que a los seminternos no les iban a volver a dar carne al almuerzo porque el padre rector decía que estaba muy cara. O también contó que no íbamos a desfi-

lar el 20 de julio y que el padre rector había dicho que él no volvía a sacar el colegio hasta que no quitaran ese gobernador liberal y pusieran uno conservador.

Cuando botaron a Joaco del colegio todos supimos que había sido por el padre Alvarez. Joaco vivía hablando mal del padre Alvarez. Cuando, a la salida, esperábamos formados a que nos abriera la puerta, se ponía a rezongar, buscando la llave en ese llavero repleto de llaves. Los primeros de la fila les contábamos a los demás lo que rezongaba Joaco. Seguro que un día Joaco no se dio cuenta de que había alguien, algún cura por ahí cerca y se puso a rezongar y se lo contaron al padre Alvarez y él lo hizo botar. Yo creo que fue el día ese que se puso tan bravo porque el padre rector nos prohibió jugar cascarita. La furia de Joaco era porque a nosotros nos prohibían jugar cascarita y con eso no le hacíamos mal a nadie y en cambio al padre Alvarez nadie le decía nada.

El padre Alvarez era jovencito y acababa de llegar al colegio. Nosotros no le notábamos nada raro al principio, pero cuando le oímos a Joaco todas esas cosas, empezamos a tenerle miedo y a ponernos colorados cuando nos hablaba, sin saber bien por qué. Yo me lo encontré un día en el corredor del segundo piso y me preguntó que de qué clase era. Yo me asusté y me quedé ahí parado sin poder salir corriendo y sin poder contestarle nada. Debía estar todo colorado, me imagino. El me metió los dedos entre el pelo riéndose y me empujó para que me fuera. Al fin pude moverme y salí corriendo como un loco por el corredor. Cuando fui a bajar por la escalera, lo miré tratando de que él no se diera cuenta. Allá estaba, parado y riéndose, mirándome correr.

Todos nos íbamos cuando el padre Alvarez se nos acercaba y parece que se dio cuenta porque empezó a gritarnos en clase y a castigarnos por nada. Una vez dejó al Pastuso hasta las siete castigado, y al otro día, cuando le preguntamos, el Pastuso no quiso contarnos nada y se puso furioso con nosotros quién sabe por qué. Después, Joaco le preguntó que cómo se llamaba su papá porque quería ir a hablar con él, pero el Pastuso se puso a llorar y no le dijo nada. Joaco se puso a maldecir y a decir groserías contra el padre Alvarez y nosotros le cogimos odio desde ese día porque nos dimos cuenta de que el Pastuso lloraba por culpa del cura. El Pastuso era buena persona y nos dio rabia verlo llorando.

La pelea con el padre Alvarez se acabó después de que Joaco se había ido porque lo pasaron a otro colegio y nunca lo volvimos a ver. Mejor. Nosotros sabíamos que Joaco se había ido por él.

* * *

Yo no volví a ver a Joaco sino mucho después, un día que papá me llevó a Sogamoso. Entramos a una tienda y allá estaba Joaco con su zapato

que parecía una plancha, más arrugado y jorobado, con el pelo casi blanco. A mí me impresionó verlo tan viejo. Estuvimos hablando un rato y me contó que ahora trabajaba en Sogamoso en un hotel. Yo le pregunté que por qué se había ido del colegio y empezó a echar maldiciones y groserías contra los curas. Yo me acordé del padre Alvarez y le pregunté que si se acordaba de él riéndome. Joaco se quedó callado un momento y después empezó a pegarle al cura una insultada tremenda. Yo me reía, pero mi papá le preguntó a Joaco que por qué odiaba tanto al padre Alvarez. Joaco se quedó callado y después le preguntó a papá si él era mi papá. Papá dijo que sí y entonces Joaco lo cogió de un brazo, se lo llevó a un rincón de la tienda y allí estuvieron hablando pasito un buen rato. A veces papá me miraba serio y yo empecé a preocuparme por lo que Joaco le estaba contando.

Al fin nos despedimos de Joaco y me regaló una caja de galletas. Papá había quedado como bravo después de hablar con Joaco y por la tarde, cuando volvíamos en el carro, me preguntó si quería irme a estudiar a Bogotá. Yo me puse feliz y le dije que sí, claro.

Al otro día me sacó del colegio y como a la semana me trajo a Bogotá a la casa de mi tía y me metió en este cucho que aunque es aburrido es mucho mejor que el de los curas.

No sé por qué me acordé de Joaco hoy. Ya se debió morir el viejo con su pata de plancha y sus groserías. Pobre.

11

(Tomar piedras en las ma—)

Esa tarde fue el pendejo de Franco el que comenzó. La culpa de toda la vaina fue de Franco porque si él no hubiera empezado a gritar esa pendejada que se habían inventado los de quinto, yo no hubiera dicho lo que dije y Finkel no se hubiera puesto furioso y no hubiera pasado nada.

Franco no tenía ninguna gracia gritando mientras se agarraba la barriga a dos manos y ponía los ojos bizcos como un loco. A mí me jartó, francamente, la vaina porque me había dado cuenta de que Finkel se calentaba, o no se calentaba sino que le jartaba la vaina esa de que los de quinto se pusieran a gritarle a la vieja esa enfrente de la casa.

Finkel no era pariente de ella ni amigo de ella ni la saludaba ni nada. Pero no le gustaba que le gritaran esas vainas cochinas enfrente de la casa.

También es cierto que ella se ponía en la ventana cuando salíamos a mirarnos riéndose. Una vez (yo no estaba, pero Franco decía que él la había visto) dizque había salido en combinación y había bajado las persianas pero despacito para que la vieran.

Pero para qué tenía Franco que ponerse a gritarle ese día. Eso es lo que me da más rabia. Finkel me había dicho que a la salida fuéramos a

su casa y yo estaba feliz porque Finkel es un tipo rarísimo que se la pasa leyendo libros y siempre dice vainas que son la pura verdad y además, yo no sé, vainas que se le quedan a uno y a los tres días uno de pronto se da cuenta que está pensando en las vainas que dice Finkel, porque son vainas que le pasan a uno, esas vainas que uno no se atreve a decir, o que uno no sabe decir bien.

Y el pendejo de Franco fue y se puso a gritarle a la Julieta cuando ella se asomó a la ventana. Ese Franco es uno de esos tipos que eructan todo el día y se la pasan robándose lo de los demás. Uno no puede dejar por ahí un cuaderno, por ejemplo, porque Franco se lo roba.

Pues cuando Franco le gritó a la Julieta (y encima de todo dijo la vaina mal porque ese Franco es una mula y en lugar de decir: "Julié—, busca un bu—", que era lo que se habían inventado los de quinto, le gritó el pendejo: "Julieta, busca un burro que te lo me—", para que la vaina fuera más cochina), a mí me calentó la vaina y le dije: "No sea pendejo, hola, deje de joder".

Y, francamente, yo no sé por qué demonios Finkel se puso furioso conmigo. Es una vaina que yo no entiendo por más que pienso y pienso.

Me dijo: "Usted no se meta, gran imbécil", y se me botó encima llorando, todo colorado, dándome puños y patadas.

Yo no he entendido todavía por qué. Yo le dije eso a Franco porque me calentó la vaina, claro, de ver a ese tipo tan plebe con la barriga a dos manos y poniendo ojos de loco. Pero también se lo dije porque yo sabía que a Finkel le calentaba que le gritaran eso a la Julié. Yo no sé por qué porque Finkel ni la saludaba ni los papás de Finkel eran amigos de los papás de ella ni nada. Yo creo que la vaina de Finkel era porque la vieja era judía también y una vez que los de quinto le gritaron "polaca puta", yo vi que Finkel se puso colorado y se fue rápido para su casa.

Eso pasó hace tiempos, el año pasado, creo, y yo me acuerdo de eso porque hoy cuando fui a la casa de Finkel, a la salida, él me mostró el libro de Don Quijote, en esa parte donde hay unos versos que les quitan lo último. Voy a ver si papá tiene ese libro y copio esos versos porque son raros. Yo no había visto versos así nunca, sin lo último. Ahorita vuelvo y los copio.

Al fin lo encontré y copio los versos (no copio sino un pedacito porque son larguísimos):

Advierte que es desati—,
siendo de vidrio el teja—,
tomar piedras en las ma—
para tirar al veci—.

Finkel me los mostró y como yo no entendía bien la vaina, él me dijo que era lo mismo que los versos de la Julié—. Y se rió. Ese Finkel es un tipo raro, pero es muy buen tipo y a mí me gusta mucho ir a su casa.